

La memoria: ¿un deber?

TANIA ROELEN S

En un reciente viaje a Buenos Aires, me sorprendió el énfasis que los psicoanalistas argentinos implicados con la comunidad, ponían en el trabajo sobre la memoria como eje central de sus propuestas de trabajo. En los hospitales, en las escuelas, en los lugares de trabajo y en las calles, atienden duelos, pérdidas, conflictos, traumas, buscando hacer eco, escucha, tratamiento simbólico y reinscripción en lo colectivo a los *impasses* del terror político, de la injusticia social, de la violencia, de la impunidad. Al mismo tiempo se multiplican las manifestaciones en pro de la verdad, contra la impunidad: en la plaza de Mayo, frente al Palacio de Justicia, los dolientes de desaparecidos, torturados, víctimas de atentados, realizan semanalmente sus decididas marchas de protesta y rememoración. Cierta perplejidad me resultó del contraste con el consabido diagnóstico de “amnesia histórica” que afecta a Colombia, a la par de la ausencia de los psicoanalistas en el “campo psicosocial”. ¿Cómo estos dos países de una misma lengua, de un mismo continente, de experiencias comparables de colonización y violencias políticas, pueden producir dos posiciones tan distantes con respecto a la memoria colectiva? ¿Qué hace que, por un lado, una colectividad se empeñe en recordar y nombrar lo perdido, en proteger al sujeto ante toda manifestación de su angustia y que, por otro lado, otra colectividad acostumbre renunciar a todo decir, todo recordar, como apostando por la vida, a prueba de todas las pruebas, inventando sobre ellas otros tipos de vínculos e identidad? ¿Será entonces la memoria el paradigma de lo que valoramos como historia, o más bien debemos sensibilizarnos a otros elementos en juego en su construcción, no tan objetivables como narración lineal? Al terminar mi visita a Buenos Aires, hallé un eco de este dilema en la película “Los rubios” de una joven cineasta, hija de desaparecidos: como conclusión de un vano documental sobre las huellas definitivamente perdidas de sus padres y hermana, de aquellos rubios –tales como apenas alcanzaron



a recordar unos vecinos— nos muestra la imagen de sus compañeros de rodaje, caminando abrazados con ella por una carretera en campo abierto, los cuatro con una peluca amarilla en la cabeza... Un guiño de ironía creativa que nos ofrece el cine ante lo imposible.

HISTORIAS DE VIDA Y NECESARIO OLVIDO

Desde la cotidianidad constatamos que es necesario olvidar para vivir en el presente, para no morir, para ser fiel..., que un Funes memorioso no tiene nada qué envidiar. “La flor es el olvido de la semilla”, nos recuerda Marc Augé, al osar también esta fórmula: “dime lo que olvidas, te diré quién eres”, que sugiere valiosas implicaciones tanto en la identidad cultural como en la subjetividad. Las culturas manejan formas diferentes de relación con el tiempo, como promesa o como tiniebla, lo mismo con la muerte, y si bien el cristianismo instaló la muerte por delante, alabando o negando el pasado según las épocas, las culturas tradicionales la mantienen atrás, con sus otras vidas, sus espíritus y fantasmas, con la recomendación de espantarlos. De allí, el antropólogo nos propone considerar las prácticas y ritos colectivos de un “necesario olvido” que se conjuga en el pasado, en el presente y en el futuro: el retorno (por ej. la posesión), el suspenso (por ej. la inversión) y el comienzo (por ej. el viaje). Así, no sólo el olvido es la fuerza de la memoria y el recuerdo sólo uno de sus productos, sino que “hay figuras del olvido que tienen una virtud narrativa, es decir, que ayudan a vivir el tiempo como una historia”. Podemos observar cómo estas tres figuras se encuentran asociadas en formas culturales tan distintas como pueden ser los mitos amerindios, las creaciones artísticas, los carnavales, la “rumba”... o a nivel individual, en el llamado “trabajo” psíquico del duelo que es fundamentalmente una creación con base en un cambio de relación con el objeto perdido.

Como ciudadanos e intelectuales, celebramos los intentos por recuperar la memoria como una proyección más responsable hacia el futuro, una posición menos ciega y menos pasiva ante los hechos, la posibilidad de un mejor criterio ante los *impasses* recurrentes en el lazo social, la garantía de una inscripción en una enseñanza válida para una comunidad y cada uno de sus miembros. Celebramos las investigaciones y programas institucionales que se preocupan por la atención a las personas y grupos vulnerados por los acontecimientos sociales violentos y lo hacen en la perspectiva de su historia singular: el desplazamiento forzado, las catástrofes, la exclusión social, las guerras hacen perder un gran bagaje humano y simbólico, fragmentos valiosos de la cultura y de las vivencias, el patrimonio de una nación, la pertenencia al territorio y a las culturas, formas mismas del lenguaje. Estos trabajos, citemos por ejemplo los testimonios transmitidos por las obras de Alfredo Molano, son parte de



una resistencia activa contra el desprecio de las castas dirigentes hacia los sectores relegados de las decisiones y de la identidad, contra la violencia de los intereses inmediatistas o contra la negación de la subjetividad en el trato de ciertas prácticas científicas, así se llamen humanas.

Sin embargo los caminos no aparecen tan lineales si consideramos, desde los mismos historiadores, la búsqueda de vías para una “alquimia del pasado”; entre los autores que promueven en Colombia la tarea cultural de un relato del país a partir de sus voces y lenguajes silenciados, vemos el recurso de la ficción para trascender las partes censuradas por la historia oficial, como lo plantean William Ospina o Jesús Martín-Barbero en ensayos publicados en la revista *Número*, y el necesario reconocimiento de que “los muertos mandan”, que el terror obliga al silencio y al olvido, que es hora de exigir una “reconciliación” creativa y festiva con los muertos, nuevos escenarios colectivos para restablecer la prohibición de matar.

Estas hipótesis son extremadamente valiosas para evitar que la apuesta cultural y política del “deber de memoria”, corra el riesgo de volverse un producto fetichizado rápidamente asimilable por la burocracia. Así mismo las valiosas “historias de vida” se pueden reducir a indicadores, pautas y cronogramas, confundiendo con un mandato para sacar a todo costo el recuento positivado del pasado. ¿Qué significa obligar a un ejercicio consciente de memoria cuando precisamente el sujeto ha sido excluido del acontecimiento y no puede rememorar, cuando la relación misma con la Historia se constituye a menudo de ignorancia y espantos? ¿No será un atropello contra la persona, contra las comunidades? Es hora de aprender que lo “simbólico no se inyecta”, como lo comentaba recientemente Charles Melman, y a escuchar las manifestaciones de un sujeto que nos grita desde su marginalidad, su exilio, su trauma: “No quiero hablar de mi pasado ni que me lo esculquen”, o de otros que se niegan a sentirse víctimas, desplazados, a respetar y apreciar las diversas expresiones, silenciosas, paradójicas o exacerbadas, con las que un sujeto logra encubrir la pena, la pérdida, la exclusión o el terror, a asumir el reto que sugieren estas figuras como únicas respuestas posibles a lo que no se ha podido ni pensar ni nombrar.

CONSTRUCCIÓN Y VERDAD HISTÓRICA

De hecho, desde el psicoanálisis, la rememoración, como recolección positiva de recuerdos conscientes, como historia lineal, como biografía, ya muy poco entra a ser elemento de una cura; al contrario, el recuento consciente de su historia resulta ser parte de los desconocimientos del yo. Una cura no es más que la historia de la desconstrucción de las certezas y recuerdos pantalla, a punta de olvidos, lagunas y desmentidas, de significantes inéditos que insisten y producen nuevas asociaciones,

de objetos y letras que aparecen y caen, de fantasías, a punta de inventos y hallazgos. Esta historia que el sujeto enuncia en la transferencia, viene a escribir un nuevo texto.

Hay una enseñanza que nos es particularmente valiosa y es la de los ausentes de la memoria, aquéllos cuya ausencia ocupa el lugar del recuerdo. Esta clínica explorada en los efectos del traumatismo y en formas de la psicosis, manifiesta con silencio, manifestaciones somáticas, holofrases, alteraciones del estado de conciencia, delirio, la inscripción en lo real de una vivencia no simbolizada, de la cual el sujeto ha sido excluido. Son huellas que asedian al sujeto sin dar cuenta de un tiempo, un lugar o un hecho. ¿Qué hacer cuando han faltado los significantes para poder pensar y metaforizar, cuando no hay asociación libre para memorizar, para enunciar, ni siquiera para nombrar? Algunos autores han llamado “resiliencia” a este recurso del sujeto para restablecer vínculo y sentido donde no existen, otros destacan el papel de testigo –más que de intérprete– del analista que puede apoyar la “construcción” de un nuevo texto, en el que el real puesto en juego se expresa en una lengua que está todavía por constituirse. Nos sirve referirnos al artículo “Construcciones en el análisis”, escrito por S. Freud en 1937, en el momento de auge del nazismo y al final de su obra, texto que demuestra magistralmente la equivalencia, en términos de efecto terapéutico, entre el delirio, la construcción en análisis y la recuperación de la verdad histórica por medio del recuerdo, revelando un giro con respecto a lo planteado al principio de su obra, cuando escribía con Breuer a propósito de la histeria, que el “enfermo sufría de reminiscencias”. Más que levantar los mecanismos de censura de la memoria, se trata entonces de una reescritura en otro escenario, de una invención. Así se puede escribir la historia en el presente y los actos, palabras, expresiones del cuerpo que parecen congelados en una significación única o incomprensible, pueden funcionar como entidades de lenguaje; así se abren vías para que estos trozos de real que irrumpen en el discurso inscriban lo imposible de pensar y de representar, asemejándose a ficciones, oximorones, creaciones artísticas que permiten enganchar con el origen mismo del lenguaje, formar un nuevo comienzo, un nuevo texto, una realidad animada y lúcida del acontecimiento inasible.

LA ACOGIDA DE LO TRAUMÁTICO

Los testimonios de los sobrevivientes que han sido sometidos por razones políticas al terror, a la represión, la tortura o al exilio forzado, nos dicen a menudo cómo viven en acuerdo con su realidad, bien sea con la lucidez de su delirio o cualquier otra figura que encubre el real de la pérdida, una realidad que es el espejo de la época. El psicoanalista uruguayo Marcelo Viñar ha llamado la atención sobre el riesgo actual que asedia al mundo, la constitución de una entidad psicopatológica especial del traumatizado, sos-

tenido por el frenesí de las clasificaciones –y por la “humanitarería”, como la llamaba Lacan–, que crea una nueva forma de segregación entre la persona sana y la afectada, en este caso “la víctima”. Puede ser tranquilizador decir que el horror de la violencia traumática se halla en el cuerpo y en el alma de otros, pero “la pregunta es: ¿a quién pertenece el horror: a las víctimas o al género humano?” Existe siempre la trampa de una inclinación voyerista ante la abyección sufrida por el que padece la violencia política, el desastre, el exilio forzado, la exclusión, y ésta va de la mano con la ilusión de una liberación catártica del horror esperada de una palabra abreactiva que desenmascararía una “verdad” sepultada en la memoria. “No se trata de hacer la autopsia de un pasado por superar”. Hay que encontrar una instancia tercera entre el doliente y quien lo atiende: éste logrará atender lo traumático sólo cuando acepte su ambivalencia y perplejidad, entre huida y fascinación, cuando sabrá aprender algo de este otro y así contribuir a abrirle un lugar. Lo que está en cuestión allí, es el sentimiento mismo de pertenecer a la especie humana, la dignidad humana, una enfermedad del lazo social que hace que un hombre deje de reconocerse en el rostro de sus semejantes, y que transforma su semejante en enemigo. Para no hacernos cómplices de estos avatares del goce omnipotente del Otro que abona la pérdida de la humanidad y su consecuente amnesia, es preciso trabajar con la posibilidad de transcribir en el presente, en la actualidad, un destino y una herencia cultural por transmitir, una “huella que abarque tanto la secuela como la elaboración creadora”. Un trabajo largo que ataña a varias generaciones y hará que sus, nuestros, descendientes no queden mudos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, Elina, “Transmisión de la violencia a través de las generaciones”, en *Gaceta Psicológica*, Buenos Aires, 1994.
- Augé, Marc, *Les formes de l’oubli*, París, Editions Payot et Rivages, 1998.
- Cyrulnik, Boris, *Le murmure des fantômes*, París, Odile Jacob, 2003.
- Freud, Sigmund, “Construcciones en el análisis”, *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2001.
- Martín-Barbero, Jesús, “Figuras del desencanto”, en revista *Número*, No. 36, Bogotá, 2003.
- Melman, Charles, “¿Qué es lo simbólico?”, en *El complejo de Colón y otros textos. Clínica psicoanalítica y lazo social*, Bogotá, Cuarto de Vuelta Ediciones, 2002.
- Ospina, William, *Colombia en el planeta*, publicado por la Gobernación de Antioquia, Medellín, 2001.
- _____, *¿Dónde está la franja amarilla?*, Bogotá, Ed. Norma, 1997.
- Varios autores, *Sombras y asombros*, Bogotá, Corporación Cachivache, 2002.
- Varios autores, *Pensar el pasado*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, 1997.
- Varios autores, *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales, la experiencia argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Viñar, Marcelo, “L’accueil du traumatique”, en *Les traumatismes dans le psychisme et la culture*, París, Erès, 1997.

